



RETIRO TERCERO

DE OCHO DÍAS

SOBRE LA VOCACIÓN EUCARÍSTICA

COMIENZO DEL RETIRO

MEDITACIÓN PREPARATORIA

Fin que nos proponemos en este Retiro.

«La llevaré á la soledad, y la hablaré al corazón»: dijo el Espíritu Santo hablando con el alma que ama á Dios.

¿Y qué le hablará Jesús?— Dos cosas: 1.º Le manifestará su voluntad respecto á ella.

2.º La llamará á seguirle.— Son éstos los mayores testimonios de amor que puede dar Jesús á un alma.

I. Conocer la vocación á que la gracia del Señor me llama es para mí de la mayor importancia y de la mayor urgencia, como asunto de donde dependen mi salvación, perfección y perseverancia final, y, por decirlo de una vez, mi eternidad.

Y aquí, en el retiro, es donde Dios me mostrará de una manera clara, suave y fuerte su adorable y amabilísima voluntad.

Me lo ha prometido, y percibo interiormente en mí la prueba de ello: tiempo ha que me atrae y convida á esto; el pensamiento de hacer el retiro me sigue por todas partes; es que Dios quiere hablarme; pero quiere que al efecto me halle yo á solas.

Ea, pues, Dios mío, lo dejo todo, negocios, estudios, amigos, familia, y vengo á vuestros pies para oír y meditar vuestra divina palabra.

Vengo á ponerme, como San Pablo, enteramente á disposición de vuestra santísima voluntad, y á deciros sinceramente con él: «Señor, ¿qué quieres que haga?»—Y con David: «Para hacer tu voluntad: Dios mío, quiselo, y tu ley en medio de mi corazón.» Mas para oír bien la voz de Dios debo venir á la soledad, y mantenerme en un perfecto silencio, á fin de estar enteramente recogido en mí mismo; porque en mi interior es donde quiere Dios hablarme, en mi corazón donde quiere grabar su ley de amor; decoroso y necesario es, por lo tanto, que me esté yo, como quien dice, en casa, para recibir la visita de mi soberano Rey.

Desecharé, pues, todos los pensamientos y cuidados ajenos al retiro que emprendo: éste será mi única ocupación.

II. En el retiro me atraerá Jesús á sí: ¿y en qué forma?—Por la suavidad y la fuerza de su amor, que me dará gracia eficaz para cumplir su voluntad sabida.

Si Dios en su infinita bondad me llama á la vida religiosa, bendecirle he por ello como por una gracia la mayor de todas.—Mas para llegar á esa verdadera

tierra de promisión, hay que dejar el Egipto y sus bienes, hay que atravesar el desierto y conquistar esa tierra bendita en largos y rudos combates.

Procurará el mundo seducirme ó amedrentarme, la naturaleza rehusará los sacrificios, me dirá que tome tiempo, me pedirá espera, prometiéndolo todo, pero para más adelante.—Mi corazón mismo temblará ante tantos lazos que romper y tantas tempestades que arrostrar.

Sólo yo, no podría vencer, pero Jesús en el retiro me dirá estas dulces y amables palabras: Venid en seguimiento mío, venid á mí, y os daré la paz en este mundo y después el cielo.

Me llevará al Cenáculo y allí será todo para mí y yo todo para mi amado. — Y el amor me irá después perfeccionando.

Si, por el contrario, no me llamase Dios á la vida religiosa, me lo dirá así, y quedará en paz mi alma.

Le serviré lo mejor que pueda en el mundo; pero entonces tendré necesidad de más virtudes y de más fuerza para permanecer fiel en medio de tantos enemigos y en lucha con mi propia flaqueza: Dios me dará fortaleza y valor, pues que sólo su santísima voluntad busco.

Mas para que ni la carne, ni la sangre ni el amor propio se metan á jueces de mi vocación, me pongo desde este momento enteramente en manos de la gracia y la obediencia.

A Vos ¡oh María, Madre mía muy amada! consagro este retiro, el más importante de mi vida; dirigidlo Vos y asistidme en él á fin de que sea fiel á todos los ejercicios y logre recibir toda la gracia que los acompaña.

DÍA PRIMERO

PRIMERA MEDITACIÓN

De la salvación.

Dijo Nuestro Señor Jesucristo: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma, ó con qué cambio podrá el hombre rescatarla?»

Salvar mi alma, hacerme santo: este es mi gran negocio.

Ser rico, recibir honras, verse amado y servido, nada es todo eso; y hasta sería el mayor peligro y la peor desgracia, si eso viniere á ser para mí una ocasión de pecado y me hiciese descuidar mi salvación: ya que todo lo acaba la muerte.

¿De qué me servirá, en efecto, ante Dios haber sabido juntar dineros, haberme hecho grande y poderoso en el mundo, y haber podido proporcionarme todos los goces de la vida, si no he hecho nada por el cielo, si no he amado y servido á Dios, que es mi último fin?

Salvarme: ahí está mi primer deber: naderías y locura es lo demás, fuera de esto.

II. Asunto personal mío es este de salvar mi alma.—No puedo descargarme de este cuidado en persona alguna, ni compartirlo con nadie.

Trátase de hacer penitencia por los pecados que he cometido.—Trátase de corregirme de mis vicios, combatir mis pasiones, practicar las virtudes

de humildad, pureza, caridad y paciencia, las cuales no puede adquirirlas otro por mí.

Trátase de pagar á Dios mi deuda de justicia, y nadie puede pagarla por mí: nadie puede honrar, amar y servir á Dios en lugar mío.—Sólo yo soy quien debe hacer fructificar en mí la gracia divina y tejer con los méritos de cada día mi eternal corona.—«Lo que sembrare el hombre, eso también recogerá», nos dice Dios por San Pablo.

Así, pues, las virtudes de los demás no me constituirán virtuoso; sus victorias y sus triunfos ningún mérito me darán, y si una gran vergüenza al tiempo de ser juzgado cuando el soberano Juez me diga: «Tú podías haber hecho lo que estos otros hicieron.»

III. Salvar mi alma es asunto urgente. Como que el plazo para él se limita á la vida presente, y ¡ay de mí! si al llegar la muerte no lo tengo conseguido: que pasó la hora de trabajar y llegó la de ser juzgado.

La vida es corta.—Debo, pues, darme prisa á reunir el precio de la corona del justo, no sea que la muerte me sorprenda á medio camino.

A cada instante puede, en efecto, asaltarme la muerte; que me sigue siempre contando mis días y mis pasos, marcados por el eterno é inmutable decreto del Criador.

Si la muerte me cogiese ahora, ¿están en regla las cuentas de mi administración?—¿Me hallo dispuesto á comparecer ante el Juez?—¿Podría presentarme confiadamente como servidor bueno y fiel que ha cumplido la voluntad de su amo y que sólo recompensa espera de él?

¡Ay, Dios mío! *Patientiam habe in me, et omnia*

reddam tibi. «Ten un poco de paciencia, que todo te lo pagaré.» Unos cuantos días más de misericordia! Señor, y seré más fiel; voy á seguir este retiro para renovarme en vuestro santo servicio, para comenzar nueva vida y hacerme un santo.

¡Oh Maria, Madre de gracia, Madre de misericordia. A vuestros pies me postro, salvadme del peligro de perder el alma; ponedme en camino del cielo y guiadme para que allá llegue felizmente algún día.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Servir á Dios.

Dios me ha puesto, al crearme, este gran mandamiento: «Al Señor tu Dios adorarás y á El sólo servirás.» «Teme á Dios, me dice, y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre.» *Domini Deum tuum adorabis, et illi soli servies... Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo.*

Servir á Dios por amor: tal es mi grande y único fin en la tierra.

¿Qué deberes lleva consigo el de servir á Dios? Estos tres:

I. El primero tributar á Dios el homenaje de todo mi ser, alma, corazón, voluntad y sentidos: todo en mí debe honrarle y glorificarle como á Criador, Salvador y último fin mío. Y si así no lo hiciere, seré como tierra estéril, seré un hijo ingrato, pues que Dios me ha creado sólo para Él. — *Res fructificat domino.* «Al dueño pertenecen los frutos.» Debe, pues, ser Dios la soberana ley de mis pensamientos, de mis afectos y de mis acciones.

¿He vivido sólo para Dios?—¿He referido á Él todas mis acciones y afectos?

¡Ay de mí! Si cuento todos los pensamientos malos ó indiferentes que han ocupado mi alma, todos los afectos humanos, terrenos y hasta malos que han ocupado mi corazón, todas las acciones hechas sin relación á Dios, sin pureza de intención, por un motivo puramente personal ó malo, ¿qué viene á quedar de mi vida para el servicio de Dios?—¿Cuántos días ni aun cuantos años podré contar dedicados á su santo servicio?

En la hora de la muerte, ¿qué me quedará de esta vida tan ocupada, agitada y penosa?—¡Ay! Que tal vez me diga Dios: «Siervo inútil é infiel has sido tan solo; únicamente al mundo y al demonio, mis enemigos, has servido.»

II. Deber supremo es éste de servir á Dios; es á saber: tal, que cualquier otro deber natural ó civil debe subordinársele; y si el hombre me propone ó exige de mí algún servicio contrario al de Dios, me pide un crimen de lesa majestad, y viene á ser entonces mi más cruel enemigo.

A las prohibiciones y amenazas de los principes de los sacerdotes, estas palabras nada más respondió San Pedro: *Obedire oportet Deo magis quam hominibus:* «Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres.»

¿Cuál ha sido mi conducta en este punto?—¿Qué de veces he obedecido más bien á los hombres que á Dios! ¿Qué de veces por flaqueza, por temor de los hombres, por respeto humano, he quebrantado la ley divina, he sido infiel, me he avergonzado de Dios, mi soberano dueño! ¿Qué haré ahora en lo sucesivo?

III. El deber de servir á Dios es además imperioso y decisivo.

No soy libre para elegirme un señor, para darme una ley, para imponerme un fin diferente de los que Dios me ha señalado.

Obligado estoy á servirle, si quiero ser feliz en esta vida y en la otra: *Pax multa diligentibus legem tuam*. «Mucha paz para los que aman tu ley.» — «Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.» *Si vis ad vitam ingredi, serua mandata*.

¡Feliz necesidad la que me obliga á servir á un Dios tan bueno, amable y magnífico en sus recompensas!

Pero desdichado de mí si prefiero el servicio del mundo al de Dios: que seré en esta vida el más desgraciado y malvado de los hombres y en la otra tendré bien merecida la suerte de aquel siervo infiel, arrojado por la divina justicia á las tinieblas exteriores, donde es eterno el llanto y el crujir de dientes.

¿Qué haré, pues?—Servir á Dios, adorarle en espíritu y en verdad; amarle de todo corazón; ser enteramente suyo, y suyo tan sólo.

TERCERA MEDITACIÓN

Conocimiento de sí mismo.

Conocer á Dios Nuestro Señor y á Jesucristo nuestro Salvador; conocer su verdad, su vida y su amor, tal debe ser mi primera ciencia.

Conocerme á mí mismo tal cual soy: tal es la primera virtud del cristiano, el primer paso hacia Dios.

1.º ¿Y qué soy yo? De mí nada soy: la nada, he ahí mi origen. Y la nada no es digna de estimación

ni amor: he ahí mi mérito. «¿Qué cosa tienes que no la hayas recibido, dice San Pablo, y si lo que tienes lo has recibido, ¿de que te jactas como si no lo hubieses recibido.»

2.º De mí nada soy en el orden espiritual: «Porque sin mí nada podéis hacer.» ha dicho Jesucristo. Por mí solo no podría tener un pensamiento conducente para la salvación, ni pronunciar fructuosamente el dulcísimo nombre de Jesús. — Ese es mi poder, ó sea, para expresarlo con exactitud, mi no poder.

3.º Algo hay, sin embargo, que puedo yo solo, pero algo espantoso y abominable; puedo pecar, ofender á Dios, quebrantar su santa ley, crucificarle en mi corazón, perseguirle, destruir su reinado en los demás.

Puedo, en una palabra, condenarme, á pesar de Dios y de su gracia, á pesar de su amor y su Redención.

¡Espantoso poder! He ahí lo que soy y lo que puedo. ¿Hay materia para envanecerme ó imaginarme que soy algo?

II. Esto en cuanto al principio de mi ser; pero consideremos ahora en qué situación me hallo.

1.º ¿Cuál es el estado de mi cuerpo en cuanto á las dotes naturales? ¿Es perfecto ó deforme? ¿Distinguido ó no? ¿Sano ó enfermo? ¿No tengo ya en mí aquel *Responsum mortis*, aquella seguridad de muerte que comienza el movimiento de caída del árbol que se derrumba?

¿Qué es lo que se echa de menos aún para la santificación de mi cuerpo, para que mis miembros vivan la vida de Jesús?

2.º ¿Cuál es mi carácter? ¿Vivo ó sosegado? ¿Tenaz ó débil? ¿Atrevido ó tímido?

¿Manda en mi conducta la cabeza ó el corazón?

¿Qué es lo que en mí domina? ¿El amor de la reputación, de la estimación de los hombres, de la gloria, de la ciencia?

¿O acaso el amor desordenado á los bienes de este mundo ó á alguna criatura?

¿O, finalmente, tal vez el amor de la comodidad, del bienestar, del regalo, de la independencía?

3.º ¿Cuál es la pasión dominante de mi vida?— ¿Cuál es la pasión que, digámoslo así, inspira habitualmente mis pensamientos y mis deseos?

¿Cuál es el centro de mis afectos, la materia ordinaria de mis tentaciones?

¿Cuál es la causa ordinaria de la infidelidad á mis deberes, de mis pecados cotidianos?

¿Cuál es el objeto de mi tristeza ó mi alegría, de mis simpatías ó mis antipatías?

4.º ¿Cuál es mi habitual marcha en cuanto á la vida verdaderamente cristiana que debo hacer?—

¿Cuáles mis oraciones diarias, — mis devociones particulares? ¿Sobre qué versa mi meditación ordinaria?

¿Qué método sigo?— ¿Qué domina en mi meditación?

¿La reflexión ó el afecto? ¿Cómo me va ordinariamente en la oración? — ¿Qué fin me propongo y qué fruto saco?

¿Cuáles son mis resoluciones ordinarias? ¿Soy fiel á ellas?

¿Hago con fidelidad examen de conciencia y el examen particular?

¿Qué frecuencia tengo de Confesión y Comunión?— ¿Qué método sigo en estos actos?

5.º ¿Tengo un atractivo de gracia? ¿Cuál? ¿Y cuál es mi devoción especial?

¿Qué devoción tengo al Santísimo Sacramento y á la Santísima Virgen?

6.º ¿Tengo mi alma en paz? ¿Estoy contento de Dios y lo está Dios de mí? *Pax hominibus bonae voluntatis.* «Paz á los hombres de buena voluntad.»

DÍA SEGUNDO

Hallarse en estado de gracia.

La primera condición para salvarse y corresponder á la dignidad de cristiano es hallarse en estado de gracia.

I. Sin esto son estériles para el cielo todas las buenas obras, y no tendrán recompensa en él; faltando eso no están tales obras escritas en el libro de la vida: no pasan de obras moralmente buenas y recompensadas en este mundo de las cuales dijo San Pablo: «Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles y no tuviera caridad, soy como metal que suena ó campana que retiñe.— Y si tuviere profecía y supiere todos los misterios y cuanto se puede saber: y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy.— Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado y no tuviere caridad, nada me aprovecha» (1).

Tal es la primera regla de la salvación. Tristísima verdad ésta para quien esté en pecado mortal! ¡Inútil es su vida para el cielo; no tiene más que apariencia de vida!

Escribe al ángel de Sardis, dice Jesucristo: «Yo

(1) I Cor., XIII.

conozco tus obras, y que tienes nombre, que vives y estás muerto.»

Y al ángel de Laodicea: «¿Por qué dices: Rico soy y estoy lleno de bienes, y de nada tengo falta; y no conoces que eres un desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo? (1)»

¡Ay! Que tal he sido ante Dios cuando desgraciadamente estuve en estado de pecado.

¡Qué irreparables pérdidas para mí! Sembré vientos de soberbia y amor propio: ¿qué me queda ante Dios?—¡Ay de mí! tempestades...; pero, mejor dicho, me queda únicamente la misericordia de Dios.

II. Sin estar en gracia no puede darse verdadera virtud; le falta la vida y es sólo un cadáver de virtud; fáltale la vida espiritual, no la embellece el amor divino ni la corona el cielo: *Magni passus, sed extra viam*, decía San Agustín de las virtudes morales de los romanos: «Grandes pasos, pero fuera del camino.»

¿Qué es una virtud? Es la vida de Jesucristo en nosotros, el triunfo de su gracia y de su amor sobre nuestra concupiscencia.

Ahora bien: el estado de pecado mortal es el triunfo de esa concupiscencia sobre la virtud, del amor á sí mismo sobre el supremo amor á Dios, de nuestro hombre viejo sobre el hombre nuevo.

El hombre viejo en nosotros es naturalmente soberbio, sensual y ambicioso.—Sólo Jesucristo hace á los hombres humildes, castos y generosos.

III. En quien no está en gracia, no hay amor sobrenatural de Dios, pues que el pecado mortal com-

(1) Apoc., III.

bate directamente la ley divina, la pisotea; desprecia la justicia y la bondad de Dios: y el pecador crucificado de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios, como así nos lo dice San Pablo.

Y claro es que la denominación de siervo bueno no puede cuadrar á un rebelde, enemigo, asesino y traidor.

Sin la gracia de Dios no hay paz ni dicha ni en este mundo ni en el otro.

El pecado es un veneno, es un crimen de lesa majestad, que lleva ya consigo su sentencia de condenación, y recibe ya su suplicio en este mundo. — ¡Oh! Cuán desgraciado es quien vive alejado de Dios, sujeto á la tiranía del demonio y de sus propias pasiones! ¡Horrorosa esclavitud!

¿Y qué cosa es el infierno?—Es el castigo eterno del pecado mortal;—un remordimiento que no muere;—un estado de maldad eterno.

De suerte que mi mayor enemigo es el pecado mortal; mi mayor mal el pecado mortal. Debo, pues, tenerle odio sumo, combatirle con fortaleza, morir antes que cometerle.

El estado de gracia es, pues, mi soberano bien, porque torna mi vida fructuosa para la eternidad; me colma de bienes, me corona de gloria, me hace ciudadano del cielo, miembro de Jesucristo, otro Cristo: *Christianus alter Christus*.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Vida sobrenatural.

Tres vidas se presentan á la consideración del hombre.

La de los sentidos, que es la vida animal,—la vida de la razón, cuyo fin es el honor y sabiduría terrenales;—y la vida de la fe, que es la vida sobrenatural, la vida del justo.

Veamos, pues: ¿qué cosa es esa vida sobrenatural?

I. Esta vida sobrenatural viene de Dios, de la gracia, y no de la naturaleza; viene de aquella gracia que nos pone en estado de caridad y de vida ante Dios. Esta gracia santificante es la que justifica nuestra alma culpable, pero humillada y arrepentida: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despiciet.*

Toda alma tiene á su disposición esta gracia santificante; es la gracia de la contrición y del sacramento de la Penitencia recibido efectivamente ó deseado.

¡Oh! ¡Cuán bueno es Dios que ha puesto en mis manos la gracia de mi perdón!

Puedo, por el uso de los sacramentales, obtener yo mismo el perdón inmediato de mis pecados veniales, y por la contrición perfecta el perdón de los pecados mortales mismos.

Puedo, pues, hallarme siempre de una manera actual en estado de gracia, en la primera condición de la vida sobrenatural que obra y merece para la vida eterna.

¡Ah! ¿Y cómo podría yo con tan grandes medios de salvación permanecer en pecado?—¡Cuán ingrato sería entonces, y cuán culpable!

II. Quien vive esta vida sobrenatural, trabaja para Dios.

El estado de gracia me hace, en efecto, hijo de Dios y heredero del cielo; pero no basta para el mérito sobrenatural: menester es además trabajar para Dios por una intención pura, que tenga por fin á Dios, su santa ley, su divina voluntad, su gloria ó algún otro motivo de fe.

Esta sobrenatural intención debe ser habitual por lo menos, si ya no actual. Cuanto más pura y perfecta sea, tanto más grande ante Dios será la acción, por pequeña ó baja que en sí misma ó á los ojos de los hombres fuere.

¡Ay! ¡Qué de acciones he desperdiciado por culpa mía!—Con un pensamiento que hubiese añadido, las hacía ser de importancia en el divino servicio, mientras que se quedaron en puramente humanas.

Y pues que el valor de la vida ante Dios se mide por lo sobrenatural que en ella florece, ¡cuán poco ¡ay de mí! cuán poco he vivido!

III. La perfección de la vida sobrenatural es el vivir en Dios.

Necesita el hombre un centro de vida en que descansar, fortalecerse, alegrarse y animarse á mayores empresas.

El hombre de los sentidos vive de sensaciones; el hombre natural vive en los bienes naturales: mas el justo vive en Dios.

Jesucristo ha dicho: «El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y Yo en él.»

Y por San Pablo sabemos que *Qui adhaeret Do-*

mino unus spiritus est. «Quien está unido con el Señor, es con Él un mismo espíritu.»

Conócese que un alma tiene por centro á Dios, cuando la verdad de Dios hace su alegría, la voluntad de Dios su felicidad; cuando el amor de Dios es el inspirador, la rueda maestra, la gran virtud de la vida de esa alma.—Entonces reina Dios en ella. *Anima justí sedes est Dei*, dice San Gregorio: «morada de Dios es el alma del justo.»

¿Dónde están los pensamientos, los deseos, los placeres de mi corazón? Allí está mi tesoro...

TERCERA MEDITACIÓN

Combates de la vida sobrenatural.

Tres enemigos tiene en mí la vida espiritual, que de continuo la hostilizan y quieren servir á la vida de los sentidos.

El demonio, el mundo, y la carne.

I. El demonio, irreconciliable enemigo de Dios y los hombres, me tienta habitualmente, me excita á la rebelión contra Dios; me tienta por la soberbia que le es connatural, por los sentidos y por las criaturas.

Quiere sumirme en la idolatría de alguna cosa.

Como enemigo invisible, me ataca de improviso; enemigo terrible, pues posee la ciencia de perder las almas; enemigo pérfido, halaga las pasiones y seduce al hombre con falsos bienes; enemigo astuto, se transfigura en ángel de luz para engañar al hombre con la apariencia del bien.

Ese es mi enemigo, Satanás; pero con la gracia de

Dios soy más fuerte que el enemigo:—puede éste tentarme, pero nunca llevarme á la fuerza.

¿Qué conducta debo seguir contra él?

1.º Descubrir sus ocultas emboscadas, — desenmascararle.

2.º Combatirle por la fe.

3.º Armarme de la oración y acudir á la protección de la Santísima Virgen.

II. Mi segundo enemigo es el mundo.

Este es las más de las veces instrumento del demonio.

Es un enemigo más peligroso todavía; porque con él vivo y con él tengo roce por mi naturaleza, mis relaciones y mis deberes.

Mas el mundo es enemigo de Jesucristo.

Es enemigo de su verdad, con las falsas máximas que pregoná, pues rechaza los misterios de Jesucristo, las verdades opuestas á las pasiones.

Es enemigo de sus virtudes, pues no quiere la humildad, la castidad, la penitencia de Cristo.

—Es enemigo de su amor, pues quiere poder amar, en competencia con Jesús, las criaturas, los goces y los honores de la vida.

¡Oh y cuán pérfido es el mundo! Complácese en arruinar las virtudes cristianas, y mira como un triunfo el haber esclavizado, corrompido y deshonorado á un cristiano.—¿Qué haré para habérmelas contra él?

1.º Estar en guardia contra el mundo incrédulo, impuro, impío, ecléctico ó indiferente.

2.º Mantenerme firme en las convicciones religiosas, y sostener la gloria de Jesucristo Nuestro Señor; no avergonzarme jamás de Él, antes bien tener á mucha honra ser cristiano.

III. Mi tercer enemigo soy yo mismo. ¡Ah! Éste es el más terrible de todos.

Una cadena, como la de un galeote, ata al hombre espiritual de Jesucristo al viejo hombre de Adán, y estos dos hombres se hacen en mí intestina y continúa guerra.

Levántanse los sentidos contra el espíritu, el placer contra el deber, el goce de los bienes presentes contra la mortificación de Jesucristo; y lo más triste es que el hombre viejo en mí está en connivencia con el mundo y el demonio: parte de mí propio ser me hace traición.

Vengo á ser yo mismo un perpetuo campo de batalla. Combate rudo éste que hacía exclamar á San Pablo: «¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?»

Y pone de respuesta: «La gracia de Dios por Jesucristo.»

Para ser siempre dueño de sí mismo decía: «Mas castigo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre»: lo sujetaba á la ley de Jesucristo.

Pues he ahí lo que debo también hacer yo. — «Mandar en mis sentidos, en mi corazón y en mi espíritu; — gobernarlos como con el timón rige el piloto su nave; — dominarlos como domina un Rey sobre sus súbditos.

Pero ¿y por qué medios? — Por el soberano amor de Jesús, que ha de reinar en mí donde antes reinaba el amor propio.

DÍA TERCERO

PRIMERA MEDITACIÓN

El sacerdocio.

I. No hay en la tierra dignidad que iguale á la del sacerdote.

Supera á la de los Reyes. — Su imperio se ejerce sobre las almas; — sus armas son espirituales; — sus bienes, divinos; — la gloria suya, la de Jesucristo mismo.

Divino es su poder. — Los sacerdotes regeneran las almas para la gracia y la vida eterna. — Tienen las llaves del cielo y del infierno. — Tienen poder sobre el mismo Jesucristo, quien á su voz desciende cada día sobre nuestros altares.

Tienen encomendado por Jesucristo amplio poder de indulto. — Pueden perdonar todos los pecados, y Dios ha prometido ratificar sus sentencias en el cielo.

¡Oh poder formidable y divino, que hasta á Dios alcanza su imperio!

Al sacerdote le sirven los ángeles; — tiembla ante él el demonio; mirale la tierra como ministro de salvación, y el cielo como príncipe que le conquista elegidos.

Jesucristo le ha elevado á ser otro Cristo; un Dios por participación, digámoslo así; un órgano por donde se ejerce sobre el mundo la acción de Jesucristo.